

Gianni Rodari

Semblanza:

Nació en Omegna, Italia, en 1920 y murió en Roma en 1980 a los 59 años de edad. Fue periodista, escritor, militante político, maestro y pedagogo. Tras haberse afiliado al Partido Nacional Fascista por necesidad durante la segunda guerra mundial, se une al Partido Comunista Italiano en 1944. Al terminar la guerra realiza publicaciones en la revista *Cinque punte* y dirige el periódico *L'Ordine Nuovo*. Publica contenido literario bajo el seudónimo de Francesco Aricocchi. En 1947 trabaja como cronista para el diario *L'Unità* y descubre su vocación como escritor para el público infantil al dirigir la sección *La domenica dei piccoli*. A partir de ese momento, Rodari comienza a enfocar su trabajo de escritura hacia los niños, pero sin dejar de compartir sus ideas políticas. En 1950 funda y dirige *Pionere*, el primer semanario italiano para niños de inspiración democrática.

En los años 60 comienza a recorrer las escuelas italianas donde, a través del contacto directo y la interacción con los niños mientras leía sus cuentos, observó las reacciones de su audiencia y tomó notas para averiguar la técnica correcta a la hora de crear buenas historias; Gianni Rodari no sólo leía, también escuchaba a los niños. Esta actividad culminó en la reescritura y publicación de *Gramática de la Fantasía. Introducción al arte de contar historias* (1973); en ella, el escritor predica la idea de la escritura creativa fantástica como un conjunto de técnicas que deja al alcance del lector interesado. Entre sus libros infantiles destacan *El libro de las retahílas*, *Cuentos por teléfono* y *Las aventuras de Cebollino*, ésta última de múltiples reediciones y con una adaptación para ballet.

Pronto, Rodari se convirtió en uno de los mejores escritores para niños. Sus cuentos, novelas y poemas representan un giro renovador en la literatura infantil. Lo anterior lo hizo merecedor, en 1970, del Premio “Andersen” (el Nobel de la literatura infantil y juvenil). Su obra es referencia obligada para profesionales de la enseñanza de la lengua y la lectura.

El edificio de helado

Una vez en Bolonia hicieron un edificio de helado, en la mismísima plaza Mayor, y los niños venían de muy lejos para darle una chupadita.

El techo era de nata; el humo de las chimeneas, de azúcar en algodón; las chimeneas, de fruta confitada. El resto: las puertas, las paredes y los muebles, todo era de helado.

Un niño pequeñísimo se había cogido a una mesa y le lamió las patas una a una, hasta que la mesa le cayó encima con todos los platos; y los platos eran de helado de chocolate, el mejor.

En cierto momento, un guardia municipal se dio cuenta de que había una ventana derritiéndose. Los cristales eran de helado de fresa, y se deshacían en hilillos rosados.

—¡Rápido!—gritó el guardia—, ¡más rápido todavía!

Y venga todos a lamer más rápido, para que no se echara a perder ni una sola gota de aquella obra maestra.

—¡Un sillón!—imploraba una viejecita que no lograba abrirse paso entre la muchedumbre—¡un sillón para una pobre vieja! ¿Quién va a traérmelo? Que sea con brazos, si es posible.

Un generoso bombero corrió a llevarle un sillón helado de crema, y la pobre viejecita empezó a lamerlo precisamente por los brazos.

Aquel fue un gran día, y por orden de los doctores nadie tuvo dolor de barriga.

Todavía hoy, cuando los niños piden otro helado más a sus papás, éstos dicen suspirando:

—¡Claro, hombre! Para ti sería necesaria una casa entera, como aquella de Bolonia.

El ratón que comía gatos

Un viejo ratón de bibliotecas fue a visitar a sus primos, que vivían en un solar y sabía muy poco del mundo.

—Vosotros sabéis poco del mundo —les decía a sus tímidos parientes—, y probablemente ni siquiera sabéis leer.

—¡Oh, cuántas cosas sabes!— suspiraban aquéllos.

—Por ejemplo, ¿os habéis comido alguna vez un gato?

—¡Oh, cuántas cosas sabes! Aquí son los gatos los que se comen a los ratones.

—Porque sois unos ignorantes. Yo he comido más de uno y os aseguro que no dijeron ni siquiera “¡Ay!”

—¿Y a qué sabían?

—A papel y a tinta en mi opinión. Pero eso no es nada. ¿Os habéis comido alguna vez un perro?

—¡Por favor!

—Yo me comí uno ayer precisamente. Un perro lobo. Tenía unos colmillos... Pues bien, se dejó comer muy quietecito y ni siquiera dijo “¡Ay!”

—¿Y a qué sabía?

—A papel, a papel. Y un rinoceronte, ¿os lo habéis comido alguna vez?

—¡Oh, cuántas cosas sabes! Pero nosotros ni siquiera hemos visto nunca a un rinoceronte. ¿Se parece al queso parmesano, o al gorgonzola?

—Se parece a un rinoceronte, naturalmente. Y ¿habéis comido nunca un elefante, un fraile, una princesa, un árbol de Navidad?

En aquel momento el gato, que había estado escuchando detrás de un baúl, saltó afuera con un maullido amenazador. Era un gato de verdad, de carne y hueso, con bigotes y garras. Los ratoncitos corrieron a refugiarse, excepto el ratón de biblioteca, que, sorprendentemente, se quedó inmóvil sobre sus patas como una estatuilla. El gato lo agarró y empezó a jugar con él.

—¿No serás tú quizás el ratón que se come a los gatos?

—Sí, Excelencia... Entiéndalo usted... Al estar siempre en una biblioteca...

—Entiendo, entiendo. Te los comes en figura, impresos en los libros.

—Algunas veces, pero sólo por razón de estudio.

—Claro. También a mí me gusta la literatura. Pero ¿no te parece que deberías haber estudiado también un poquito de la realidad? Habrías aprendido que no todos los gatos están hechos de papel, y que no todos los rinocerontes se dejan roer por los ratones.

Afortunadamente para el pobre prisionero, el gato tuvo un momento de distracción porque había visto pasar una araña por el suelo. El ratón de biblioteca regresó en dos saltos con sus libros, y el gato se tuvo que conformar con comerse la araña.

La huida de Pulchinela

Pulchinela era la marioneta más inquieta del viejo guiñol. Siempre estaba protestando, ya sea porque a la hora de actuar hubiera preferido irse a paseo, o porque el titiritero le asignaba un papel cómico en lugar de uno dramático como hubiera preferido ella.

-Un día u otro- le confiaba a Arlequín –voy a cortar los hilos.

Y así lo hizo, aunque no de día. Una noche logró apoderarse de unas tijeras que el titiritero había dejado olvidadas y cortó uno tras otro los hilos que le sostenían la cabeza, las manos y los pies, y le propuso al Arlequín:

-Ven conmigo.

Arlequín no quería saber nada de separarse de Colombina, pero Pulchinela no tenía ninguna intención de llevar tras de sí a aquella mocosa que en el teatro le había hecho jugarretas de todo tipo.

-Me iré solo- decidió.

Saltó valientemente al suelo y se largó corriendo.

“¡Qué maravilla –pensaba mientras seguía corriendo- sentirse libre de los tirones de aquellos malditos hilos! ¡Qué maravilla poner el pie donde se desea!”

Pero el mundo es grande y terrible para una marioneta solitaria, y además lleno de gatos feroces, especialmente por la noche, prestos a confundir cualquier cosa huidiza con un ratón al que dar caza. Pulchinela logró convencer a los gatos de que se las estaban viendo con un verdadero artista, pero luego se refugió prudentemente en un jardín, se acurrucó al amparo de una pared y se durmió.

Al salir el sol se despertó y tenía hambre. Pero a su alrededor, hasta donde alcanzaba la vista, no había más que claveles, tulipanes, clavelitos y hortensias.

-¡Qué le vamos a hacer!-se dijo Pulchinela.

Y cogiendo un clavel empezó a mordisquear sus pétalos con un cierto desdén. No era como comer un bistec a la brasa o un filete de pescado: las flores tienen mucho perfume y poco sabor. Pero a Pulchinela, aquél le parecía el sabor de la libertad, y al segundo bocado estaba ya convencido de no haber saboreado nunca nada tan delicioso. Decidió que se quedaría para siempre en aquel jardín, y así lo hizo. Dormía al amparo de una gran magnolia cuyas duras hojas no temían ni a la lluvia ni al granizo, y se alimentaba de flores: hoy un clavel, mañana una rosa. Pulchinela soñaba con montañas de espaguetis y grandes extensiones de queso, pero no se rendía. Había adelgazado muchísimo, pero estaba tan perfumado que a veces las abejas se le posaban encima para chupar el néctar, y sólo se alejaban

decepcionadas después de haber intentado clavarle en vano su aguijón en su dura cabeza de madera.

Llegó en invierno, y el jardín ya sin flores esperaba la llegada de la nieve, y la pobre marioneta no tenía nada que comer. No me digáis que habría podido ponerse nuevamente en camino: sus pobres piernas de madera no la habrían llevado muy lejos.

“¡Qué le vamos a hacer –se dijo Pulchinela-, moriré aquí! No es un sitio feo para morir. Además, moriré en libertad: nadie podrá atar nunca más un hilo a mi cabeza para hacerme decir sí o no.”

La primera nevada lo sepultó bajo una suave capa blanca.

Al llegar la primavera nació un clavel en aquel mismo sitio. Y bajo el suelo, feliz, tranquilo, Pulchinela pensaba: “Mira, ha crecido una flor sobre mi cabeza. ¿Puede haber alguien más feliz que yo?”.

Pero no había muerto, porque las marionetas de madera no pueden morir. Todavía sigue allí debajo y nadie lo sabe. Si lo encontráis vosotros no le atéis un hilo a la cabeza: a los reyes y a las reinas del guiñol, aquellos hilos no les dan ninguna molestia, pero Pulchinela los considera completamente insoportables.

El joven cangrejo

Un joven cangrejo pensó: “¿Por qué todos los miembros de mi familia caminan hacia atrás? Quiero aprender a caminar hacia delante, como las ranas, y que se me caiga la cola si no lo consigo”.

Empezó a entrenarse a escondidas, entre las piedras de su arroyuelo nativo, y los primeros días le costaba muchísimo trabajo lograrlo. Chocaba contra todo, se magullaba la coraza y una pata se le enredaba con la otra. Pero las cosas fueron mejorando lentamente, porque todo puede aprenderse cuando se desea de veras.

Cuando estuvo bien seguro de sí mismo, se presentó ante su familia y les dijo:

—Fijaos.

Y dio una magnífica carrerilla hacia delante.

—Hijo mío —dijo llorando la madre—, ¿has perdido el juicio? Vuelve en ti y camina como te han enseñado tu padre y tu madre; camina como tus hermanos, que tanto te quieren.

Sus hermanos, no obstante, se tronchaban de risa.

El padre se lo quedó mirando un rato severamente, y luego dijo:

—¡Ya basta! Si quieres quedarte con nosotros, camina como todos los cangrejos. Si quieres hacer lo que te parezca, el arroyo es bastante grande: vete y no regreses más.

El buen cangrejo quería a su familia, pero estaba convencido de que tenía la razón. Abrazó a su madre, saludó a su padre y a sus hermanos y se marchó.

Su paso despertó inmediatamente la sorpresa de un grupo de ranas que, como buenas comadres, se habían reunido en torno a una hoja de nenúfar para charlar.

—El mundo va al revés— dijo una rana—. Mirad a aquel cangrejo y decidme si me equivoco.

—Ya no hay educación —dijo otra rana.

—Vaya, vaya —dijo una tercera.

Pero, todo hay que decirlo, el cangrejito continuó adelante por el camino que había escogido. En cierto momento oyó que le llamaba un viejo cangrejote de expresión melancólica, que estaba solitario junto a un guijarro.

—Buenos días —dijo el joven cangrejo.

El viejo le observó atentamente y luego le preguntó:

—¿Qué te crees que estás haciendo? También yo, cuando era joven, pensaba enseñar a caminar hacia delante a los cangrejos. Y mira lo que he conseguido: vivo solo y la gente se cortaría la lengua antes que dirigirme la palabra. Mientras estés a tiempo de hacerlo, hazme caso: resígnate a caminar como los demás y un día me agradecerás el consejo.

El joven cangrejo no sabía qué responder y no dijo nada. Pero pensaba: “Yo tengo la razón”.

Y después de saludar atentamente al viejo, volvió a emprender de nuevo su camino orgullosamente.

¿Llegará muy lejos? ¿Tendrá suerte? ¿Logrará enderezar todas las cosas torcidas de este mundo? Nosotros no lo sabemos, porque está todavía caminando con el coraje y la decisión del primer día. Sólo podemos desearle, de todo corazón: ¡Buen viaje!

El doctor Terríbilis

El doctor Terríbilis y su ayudante, Famulus, trabajaban secretamente desde hacía tiempo en un invento espantoso. Terríbilis, como seguramente su mismo nombre indica, era un científico diabólico, tan inteligente como malvado, que había puesto su extraordinaria inteligencia al servicio de proyectos verdaderamente terribles.

—Verás, querido Famulus: el supercrik atómico que estamos terminando será la sorpresa del siglo.

—No cabe duda, señor doctor. Ya estoy viendo cómo se quedarán nuestros estimados compatriotas cuando usted, con el supercrik, arranque la Torre de Pisa y la transporte a la cima del Monte Blanco.

—¿La Torre de Pisa? —rugió Terríbilis—. ¿El Monte Blanco? Pero, Famulus, ¿quién te ha metido en la cabeza semejantes bobadas?

—La verdad, señor doctor, cuando proyectamos...

—¿Proyectamos, señor Famulus respetabilísimo? ¿Nosotros? Tú, personalmente, ¿qué has proyectado? ¿Qué has inventado tú? ¿El papel del chocolate? ¿El paraguas sin mango? ¿El agua caliente?

—Me retracto, doctor Terríbilis —suspiró Famulus poniéndose humilde humilde—, cuando usted, y sólo usted, estaba proyectando el supercrik, me pareció oír aludir a la Torre de Pisa y a la cumbre más elevada de los Alpes...

—Sí, me acuerdo muy bien. Pero te lo decía por pura y simple precaución, mi excelente e insigne Famulus. Conociendo tu costumbre de cotillear a diestra y siniestra con el chico del panadero, con el empleado del lechero, con el portero, con la cuñada del primo del portero...

—¡No la conozco! Le juro, señor doctor, que no conozco en absoluto a la cuñada del primo del portero y le prometo que nunca haré nada por conocerla.

—De acuerdo, podemos eliminarla de nuestra conversación. Quería explicarte, amable y atolondrado Famulus, que no me fiaba de ti y te conté el cuento de la Torre de Pisa para ocultarte mi verdadero proyecto que tenía que permanecer secreto para todos.

—¿Hasta cuándo, señor profesor?

—Hasta ayer, curiosísimo Famulus. Pero hoy tienes derecho a conocerlo. Dentro de pocas horas estará listo el aparato. Partiremos esta misma noche.

—¿Partiremos, doctor Terríbilis?

—A bordo, claro, de nuestro supercrik atómico.

—¿Y en qué dirección, si me está permitido?

—Dirección al espacio, oh Famulus mío, tan rico en interrogantes.

—¡El espacio!

—Y más concretamente, la Luna.

—¡La Luna!

—Veo que pasas de los signos interrogativos a los exclamativos. Así pues, fuera dilaciones y he aquí mi plan. Arrancaré la Luna con mi supercrik, la separaré de su órbita y la colocaré en un punto del universo de mi elección.

—¡Colosal!

—Desde allí arriba, estimado Famulus, trataremos con los terrestres.

—¡Excepcional!

—¿Queréis recuperar vuestra Luna? Pues bien, pagadla a su peso en oro, comprádsela a su nuevo propietario, el doctor profesor Terrible Terribilis.

—¡Extraordinario!

—Su peso en oro, ¿me comprendes, Famulus? En oro.

—¡Superformidabilísimo!

—¿Y has captado la idea?

—Captada, profesor. La idea más genial del siglo XX.

—Espero que también la más malvada. He decidido pasar a la historia como el hombre más diabólico de todos los tiempos. Ahora, Famulus, manos a la obra...

En pocas horas dieron los últimos retoques. El supercrik atómico estaba preparado para entrar en actividad. Curioso aparato, en realidad se parecía al que utilizan los automovilistas para levantar su coche cuando tienen que cambiar una llanta ponchada. Sólo era un poco más grande. Pero tenía acoplada una cabina espacial en la que se habían dispuesto dos butacas. Sobre éstas, en el momento elegido por el doctor Terribilis para iniciar su diabólica empresa, se acomodaron el inventor y su ayudante quien, a decir verdad, sólo trabajosamente conseguía ocultar un extraño temblor.

—¡Quieto, Famulus!

—Sssí... sseñoor... do-do-doctor...

—¡Y no balbucees! —Nno-no se-señor do-do-doctor...

—Trágate esta píldora, te calmará al instante.

—Gracias, doctor Terríbilis, ya estoy tranquilísimo.

—Estupendo. Cuenta al revés, Famulus...

—*Menos cinco... menos seis... menos siete...*

—¡He dicho al revés, Famulus! ¡Al revés!

—Ah, sí, lo siento mucho. *Menos cinco... menos cuatro... menos tres... menos dos... menos uno...*

—¡Adelante!

Primer final

Aquella noche no salió la Luna. Al principio la gente pensó que la tapaba alguna nube. Pero el cielo estaba sereno, la noche estrellada. Y la Luna, por decirlo con una expresión manida, solamente brillaba por su ausencia.

Los astrónomos fueron los que la encontraron, tras minuciosa búsqueda, pequeñísima a causa de la distancia, en la zona de la constelación de Escorpio.

—¡Mira dónde ha ido a colocarse! ¿Cómo lo habrá hecho? En ese momento se oyó la voz del doctor Terríbilis en todos los aparatos de radio de la Tierra.

—¡Atención, atención! Habla Terríbilis. Terríbilis llama a la Tierra. Como les será fácil constatar, me he apoderado de la Luna. Si quieren recuperarla tendrán que pagar su peso en oro. Los astrónomos saben su peso hasta el último gramo. Esperaré una respuesta veinticuatro horas. Si no aceptan mis condiciones haré explotar la Luna y no volverán a verla. ¿Han comprendido bien? ¡Nunca más! Atención, atención. Habla Terríbilis...

Y para estar seguro de que le habían comprendido, el diabólico científico repitió su mensaje dos veces más. Pues para aquel hombre ingeniosísimo interferir simultáneamente los programas radiofónicos de todo el globo terráqueo era como una broma.

Para su desgracia, en la Tierra nadie se preocupó gran cosa por la desaparición de la Luna. En realidad los Estados Unidos, la Unión Soviética, Italia, Francia, China, el Japón y otras muchas potencias comenzaron inmediatamente a enviar al espacio una gran cantidad de lunas artificiales, cada una más luminosa que la otra. Incluso había demasiada luz y la gente protestaba porque no podía dormir.

El doctor Terríbilis tuvo que quedarse con la vieja Luna y comerse las uñas de rabia.

Segundo final

La desaparición de la Luna levantó espanto y preocupación de un extremo a otro de la Tierra.

—¿Cómo vamos a contemplar el claro de luna si ya no hay Luna? —se decían los soñadores.

—Y yo que me iba a la cama con la luz de la Luna para ahorrar electricidad, ¿no tendré más remedio que encender la lámpara? —se preguntaba un avaro.

—¡Que nos devuelvan nuestra Luna! —clamaban los periódicos.

Un ratero empezó a ir por las casas diciendo que el comité le había encargado recoger el oro necesario para comprar la Luna. Muchos ingenuos le entregaron anillos, pendientes, collares y cadenas. Cuando consiguió reunir algunos decagramos de oro el ratero huyó a Venezuela y nadie volvió a saber de él.

Para suerte de la humanidad y de los amantes de la Luna, en aquel tiempo vivía en Omegna, junto al lago de Orta, un científico tan inteligente como el doctor Terríbilis, pero no tan malvado, llamado Magneticus. Sin decir nada a nadie, fabricó en pocas horas un superimán atómico con el que atrajo a la Luna a su antigua órbita, a la distancia exacta de la Tierra. Terríbilis puso en funcionamiento todas las espantosas energías de su supercrik en vano: contra el imán de Magneticus no había nada que hacer. Despechado, Terríbilis emigró al planeta Júpiter.

La gente nunca supo quién ni cómo había reconquistado la Luna, sin batallar ni gastar una lira. A Magneticus no le interesaba la gloria y guardó su secreto. Además, él estaba ocupado con un invento importante: el de los botones que nunca se caen. Como es sabido, ha pasado después a la historia por este invento.

Tercer final

Un silbido agudísimo siguió al *adelante* del doctor Terríbilis y los vecinos lo confundieron con el ruido de una sirena. Unos momentos después el inventor y su ayudante se encontraban en las proximidades de la Luna y el supercrik, colocado en un pequeño cráter, se puso en funcionamiento.

—Formidable, señor doctor —se regocijaba Famulus, restregándose las manos—, supermonstruoso.

—¡Silencio! —gritó nerviosamente Terríbilis.

—¡Silencio! —repitió poco después, a pesar de que Famulus no había vuelto a abrir la boca.

Cuando el doctor Terríbilis gritó por tercera vez “¡Silencio!” hasta Famulus se dio cuenta de que algo no marchaba. El gran supercrik daba salida a toda su diabólica potencia inútilmente. La Luna no se apartaba ni un milímetro de su camino de siempre. Hay que aclarar que el doctor Terríbilis, docto e ingeniosísimo en todos los campos, era más bien flojo en el cálculo de pesos y medidas del sistema métrico decimal. Al calcular el peso de la Luna había confundido la equivalencia para reducir las toneladas en quintales. El supercrik estaba fabricado para una luna diez veces más pequeña y ligera que la nuestra. El doctor Terríbilis rugió de rabia, volvió a subir a la navecilla espacial y se sumió en el espacio, dejando al pobre Famulus solo y abandonado en el borde del cráter lunar, sin un vaso de agua, sin un caramelo para que se le pasara el susto.

El final del autor

Francamente, no sé cuál elegir. Los tres finales me parecen divertidos e instructivos. ¿A vosotros no?

Rodari, G. (2003). *Cuentos para jugar* (3.^a ed., p. 86). México: Alfaguara.

Taxi para las estrellas

Una noche el taxista Compagnoni Peppino, de Milán, terminado su turno de servicio, iba conduciendo despacito para llevar el coche al garaje, abajo, por la zona de Porta Genova. No se sentía demasiado contento porque había hecho pocas carreras y tuvo más de un cliente caprichoso, incluyendo a una señora que lo había hecho esperar cuarenta y ocho minutos fuera de una tienda; además el guardia le había puesto una multa. Por eso, mientras iba a encerrar, miraba a los transeúntes. Y en esto un señor le hace una señal.

—¡Taxi, taxi!

—Entre, señor —el Compagnoni Peppino frenó rápidamente—. Pero voy hacia abajo, hacia Porta Genova, ¿le viene bien?

—Vaya adonde quiera, pero deprisa.

—No, mire, iremos donde usted quiera, no faltaría más. Siempre que no se salga demasiado de mi camino.

—¡De acuerdo! ¡Póngalo en marcha y siga siempre adelante!

—De acuerdo, señor.

El Compagnoni Peppino apretó el pedal del acelerador y adelante. Pero mientras tanto observaba al pasajero por el espejo retrovisor. Qué tipo: “Vaya donde quiera, siga siempre adelante...” La cara se le veía poco, medio oculta por el cuello del abrigo y el ala del sombrero. “Uuy —pensaba el Peppino—, ¿no será un ladrón? Voy a fijarme en si nos persigue alguien...”

“No, parece que no. Ni maleta ni bolsa. Sólo un paquetito. Vaya, ahora lo abre. A saber lo que lleva dentro... ¿Qué puede ser eso? Casi parece un trozo de chocolate. Exacto, chocolate azul, ¿de cuándo acá hay chocolate azul? Pero él se lo come... Bueno, hay gustos para todo. Ánimo Peppino, que ya casi hemos llegado... Eeh, digo, pero... pero, ¿qué es esto? ¿Qué pasa? Eeh, ¿qué hace usted?, ¿qué está tramando...?”

—No se preocupe —respondió el pasajero con voz cortante—, siga siempre adelante.

—¡Pero qué adelante ni qué narices! ¡Por aquí no se va ni para delante ni para atrás! ¿No se ha dado cuenta de que estamos volando? ¡Socorro...!

El Compagnoni Peppino viró para no embestir las antenas de la televisión en lo alto de un rascacielos. Luego siguió protestando:

—Pero, ¿qué es lo que se le ha metido en la cabeza? ¿Qué es este enredo?

—No tenga miedo, no pasará nada.

—Sí, claro, usted lo llama nada. Un taxi que vuela por el aire es algo que pasa a cada momento... Pero mire, recarambola, estamos sobre la catedral de Milán, si nos caemos nos ensartamos en una aguja y adiós muy buenas. Pero, ¿puede saberse, qué clase de broma es ésta?

—Debería darse cuenta por sí mismo de que no es una broma —replicó el pasajero—. Estamos volando, ¿y qué?

—Pero como que ¡“qué”! ¡Mi taxi no es un misil!

—Ahora hágase a la idea de que es un taxi espacial.

—¡Cómo que espacial! Además ni siquiera tengo permiso para pilotear. Hará que me pongan una buena multa, ya lo verá. ¿Y quiere explicarme cómo es que podemos volar?

—Es sencillísimo. ¿Ve esta sustancia azul?

—La he visto sí, también he visto que ha comido un trocito.

—Sí, basta con tragar un pedacito para que funcione. Es un motor antigravitacional que nos hará alcanzar la velocidad de la luz, más un metro.

—Muy bien, todo eso es muy interesante. Pero yo tengo que irme a casa, estimado señor. Yo vivo en Porta Genova, no en la Luna.

—No estamos yendo a la luna. —¿Ah, no? ¿Y adónde vamos?

—Al séptimo planeta de la estrella Aldebarán. Allí es donde vivo yo.

—Me alegro mucho, pero yo vivo en la Tierra.

—Escuche, voy a decirle de lo que se trata. Yo no soy un terrestre, soy un aldebariano. Mire.

—¿Qué es lo que tengo que mirar?

—Aquí, ¿ve el tercer ojo?

—Recarambola, es verdad que tiene tres ojos.

—Míreme las manos. ¿Cuántos dedos tengo?

—Uno, dos, tres... seis... doce. ¿Doce dedos en cada mano?

—Doce. ¿Se ha convencido ya? He estado en una misión en la Tierra, para ver cómo van las cosas entre vosotros, y ahora regreso a mi planeta para informar.

—Magnífico, es su obligación, cada uno en su casa. ¿Y yo? ¿Qué hago yo para volver a casa?

—Le daré un trocito de esto para masticarlo y estará en Milán en un momento.

—¿Realmente necesitaba coger el taxi?

—Lo hice porque quería viajar sentado. ¿Le basta? Mire, estamos llegando.

—¿Esa bola de ahí es su planeta?

Pero “esa bola de ahí” se transformó en unos segundos en un globo enorme hacia cuya superficie descendía a impresionante velocidad el taxi del Compagnoni Peppino.

—Allí, a la izquierda —ordenó el pasajero—, aterrizaremos en aquella plaza.

—Menos mal que usted ve una plaza, yo lo único que veo es un prado.

—En mi planeta no hay prados. —Entonces será una plaza pintada de verde.

—Uhhh... descienda un poco... descienda... así... ¡Por Aldebarán!

—¿Qué le había dicho? ¡A ver si no es hierba! ¿Y quiénes son aquellos?

—¿De quién está hablando?

—De aquella especie de gallinas gigantes que se nos echan encima con el arco y las flechas. —¿Arco? ¿Flechas? ¿Gallinas gigantes? ¡En mi planeta no hay nada por el estilo!

—¿Ah, no? Entonces, ¿sabe lo que le digo?

—Cállese, ya lo sé. Nos hemos equivocado de camino. Déjeme pensar un momentito.

—Pues piense rápido, porque esos tipos están llegando. ¡Ziiip! ¿Lo ha oído? ¡Era una flecha! Vamos, señor Aldebariano, despierte, coma un pedacito de chocolate azul, vamos a largarnos, levantar el campo, pirarnos, porque el Compagnoni Peppino quiere regresar a Milán con su piel sin agujerear, ¿ha comprendido?

El Aldebariano se apresuró a morder la misteriosa sustancia que el Compagnoni Peppino llamaba chocolate azul.

—¡Trágueselo! ¡Trágueselo sin masticar; que acaba antes! —gritó el taxista.

Primer final

El taxi reemprendió el vuelo con el tiempo justo, pero una flecha alcanzó a uno de los neumáticos de atrás, que se desinfló con un larguísimo ¡PIIIIIIFF!

—¿Lo ha oído? Se estropeó —exclamó el Compagnoni Peppino—, y puede estar seguro de que ésta se la cobro.

—Pagaré, pagaré —contestó el Aldebariano.

—¿Tomó ahora la cantidad justa? ¿No nos encontraremos en algún otro planeta salvaje?

Pero con las prisas, el Aldebariano no pudo medir la dosis con exactitud. El taxi del cosmos tuvo que estar un rato dando brincos de un lado a otro de la Galaxia antes de acertar con el planeta del Aldebariano. Pero cuando llegaron, era tan bonito y sus habitantes tan amables, y su guiso de arroz azul (una especialidad de por allí) tan sabroso, que el Compagnoni Peppino ya no sintió tanto anhelo por regresar a Milán. Se quedó quince días, de maravilla en maravilla. Tomó nota de todo y, una vez en la Tierra, publicó un libro, ilustrado con doscientas fotografías, que se tradujo a noventa y siete idiomas y le valió el Premio Nobel. Actualmente el Compagnoni Peppino es el taxista-escritor-explorador más famoso del sistema solar.

Segundo final

El taxi despegó y, como era más veloz que las flechas que le seguían, enseguida se encontró fuera de peligro.

—A lo que parece —observó el Peppino— usted tampoco tiene mucha experiencia espacial ¿eh?

—Usted ocúpese de conducir —refunfuñó el Aldebariano—. Yo me encargo del resto.

—Muy bien, procure acertar.

Volaron durante unos minutos, a la velocidad de la luz (más un metro), superando distancias incalculables. Y al final del viaje se encontraron en... Milán, ¡en la plaza de la catedral!

—¡Maldición, he vuelto a equivocarme! —gritaba el Aldebariano, tirándose del pelo con sus veinticuatro dedos—. ¡Vámonos!

—No, gracias —exclamó el taxista, saltando al suelo—, yo me encuentro muy bien aquí. Si quiere, quédese con el coche: pero piénselo antes de causarme este trastorno. Sólo tengo esas cuatro ruedas para dar de comer a mis hijos.

—Paciencia —gruñó el Aldebariano—, iré a pie.

Salió del coche, mordisqueó su “chocolate azul” y desapareció. Antes de irse a casa, el Compagnoni Peppino entró en un bar a tomarse un aguardiente para quitarse el susto.

Tercer final

Sería demasiado largo de contar. Os doy sólo un esbozo. El taxista y el Aldebariano son hechos prisioneros por las Gallinas Gigantes. La prisión es un huevo. Escapan con aquel huevo. El Aldebariano desembarca en su planeta. El Compagnoni Peppino vuelve a Milán

con el huevo gigante y una buena provisión de «chocolate azul». Monta una agencia de viajes cósmicos, una línea de taxis Tierra-Marte-Saturno y retorno y una granja de gallinas que ponen huevos pequeñitos pero, para fritos, insuperables.

Final del autor

Mis preferencias son para el tercer final porque me gustan los huevos. El final apenas está esbozado: si tenéis ganas, escribidlo vosotros.

Rodari, G. (2003). *Cuentos para jugar* (3.^a ed., p. 127). México: Alfaguara.

El gato viajero

Una vez subió un gato al tren que va de Roma a Bolonia. Gatos en el tren siempre se han visto, generalmente dentro de un cestito o en una caja con algún agujero para respirar. En el tren se han visto hasta gatos vagabundos, gatos de nadie que han caído en un vagón abandonado a la caza de topes. Pero éste de quien hablamos era un gato viajero y viajaba por su cuenta.

Llevaba una cartera negra bajo el brazo, como un abogado, pero no era un abogado, era un gato. Usaba gafas como un contable miope, pero no era un contable y veía estupendamente. Llevaba el abrigo y el sombrero como un galán, pero no era un galán, era un gato.

Entró en un compartimento de primera clase, echó el ojo a un sitio libre junto a una ventanilla y se sentó. En el compartimento ya había tres personas: una señora que iba a Arezzo a ver a una hermana, un comendador que iba a Bolonia por negocios y un jovencito que iba no se sabe dónde. La entrada del gato suscitó algunos comentarios.

La señora dijo:

—Qué gato tan mono, *bsss, bsss, bsss...* Viajas solo, como un hombrecito, ¿eh?

El comendador dijo:

—Esperemos que no tenga pulgas.

—¿Pero no ve cómo está de limpio?

—Esperemos que...bueno, querida señora, yo soy alérgico a los gatos. Esperemos que no me pegue el catarro.

—Pero si no tiene catarro, ¿cómo se lo va a pegar?

—A mí me lo pegan todos, apreciada señora, me lo pegan hasta los que no lo tienen.

—*Bsss, bsss, bsss...* Te has adelantado para guardarle el sitio a tu dueña, ¿eh?

—¡*Miao!*

—Qué vocecita tan bonita. ¿Qué habrá dicho?

El jovencito habló por primera vez:

—Ha dicho que no tiene dueños, es un gato libre y soberano.

—¡Qué interesante!

—Es decir, un gato vagabundo —observó suspicaz el comendador—, esperemos que no me contagie el sarampión.

—¿El sarampión? —exclamó la señora—. Pero si los gatos no tienen sarampión y además es una enfermedad que se pasa de niño.

—Querida señora, yo no lo he pasado de niño. ¿Sabe que es más peligroso si se tiene de mayor?

El tren se puso en marcha y al cabo de un rato pasó el revisor.

—Billetes, señores.

La señora abrió el bolso.

—Uy, el billete, a saber dónde lo habré metido...Espere, espere, tiene que estar aquí... Ah, sí, menos mal.

—Gracias señora. ¿Y el billete del gato?

—Pero si el gato no es mío.

—¿Es suyo, señor?

—Sólo faltaría eso —estalló el comendador—. No puedo aguantar a los gatos. Me hacen subir la tensión.

—El gato tampoco es mío —dijo el joven—. Es un gato que viaja por su cuenta.

—Pero tiene que llevar billete.

—No le despierte, que duerme...Es tan gracioso, mire que morrito.

—Morrito o no, tengo que picarle el billete.

—Bss, bss, bss —hacía la señora—, minino, minino...,ea, vamos, mira quién está...

El gato abrió un ojo detrás de otro y maulló:

—*Miao, miao*.

—¡Y encima protesta! —criticó el comendador—. Es como para volverse loco. Por qué no viaja en coche cama, digo yo...

—No ha protestado —explicó aquel joven—. Ha dicho: ruego que me perdone, me había amodorrado...

—Amodorrado, ¿eh?

—Sí, parece que le gustan las palabras selectas.

—*Miao, miao* —hizo de nuevo el gato.

—¿Qué ha dicho ahora? —preguntó la señora.

—Ha dicho: por favor, aquí está mi billete —tradujo el joven.

—Oiga, compruébelo bien —dijo el comendador al ferroviario—, hay gente que viaja en primera con billete de segunda.

—El billete es correcto, señor.

—*Miao, miao, miao* —maulló el gato enérgicamente.

—Dice —explicó el joven— que debería ofenderse ante sus insinuaciones, pero le respeto en atención a sus canas.

—¿Canas? ¡Pero si soy calvo!

—*Miao, miao.*

—Dice que ya ha visto que es calvo, pero que si tuviera pelo sería blanco.

La señora suspiró:

—Qué bien entiende usted la lengua de los gatos. ¿Cómo se las arregla?

—Es fácil, basta con prestar mucha atención.

—¿*Miao?* ¡*Miao!*

—Pero cuánto habla ese gato —gruñó el comendador—. No se calla ni un momento.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho? —preguntó la señora joven.

—Ha preguntado si le molesta el humo.

—Qué va, minino, nada de eso...Uy, mire, me ofrece un cigarrillo...¡Qué bien enciende!
¡Parece de verdad! Quiero decir, parece un auténtico fumador.

—Si fuma es un fumador, ¿no? —refunfuñó el comendador—. ¿Qué quería que fuese, un cazador de leones?

—*Miao, miao.*

—Ha dicho: hermoso día. Ayer no fue tan bonito. Esperemos que mañana sea tan bonito como hoy. ¿Van lejos sus señorías? Yo voy a Venecia por asuntos de familia.

Primer final

Se descubre que “aquel joven” es un ventrílocuo, prestidigitador e ilusionista: todo lo ha hecho él.

Segundo final

Se descubre que el gato no es un verdadero gato, es un gato-robot: un juguete de lujo que se pondrá a la venta las próximas navidades.

Tercer final

Aún no existe. Pero sería bonito que algún día se pudiera hablar realmente con los animales. Si no con todos, por lo menos con los gatos.

El final del autor

También aquí me gusta más el final que aún no existe. Siempre estoy a favor del futuro.

Rodari, G. (2003). *Cuentos para jugar* (3.^a ed., p. 166). México: Alfaguara.

El cocodrilo sabio

Un cocodrilo se presenta en la sede de la Radio-Televisión, calle Mazzini, en el número 14 de la calle Mazzini en Roma, y pide ser recibido por el director del programa *Doble o nada*. El portero no quiere dejarlo pasar. El cocodrilo insiste:

—No veo ningún cartel que prohíba la entrada a los cocodrilos. ¿Acaso cree usted saber más que los carteles?

—Espere al menos que eche un telefonazo.

—Muy bien. No tengo nada en contra del uso del teléfono.

El portero llama al despacho del jefe supremo de *Doble o nada*.

—Profesor, aquí hay un cocodrilo.

—Ah —dice el profesor, quien, como habla siempre por dos o tres teléfonos al mismo tiempo, las palabras largas las entiende a medias—, el señor Coco. Está bien, dígame que suba.

El cocodrilo se monta en el ascensor. Se ve obligado a inclinarse un poco para entrar porque mide dos metros de alto más una chistera violeta. Viste un largo abrigo amarillo. Una señora se desmaya por el contraste de colores.

La secretaria del gran jefe de *Doble o nada* es miope y se limita a decir:

—Pase, señor Coco. El profesor lo está esperando.

Al profesor, quien no se esperaba en absoluto toparse con un cocodrilo con todos esos dientes en hilera bajo las gafas de sol, le da un violento ataque de tos. El cocodrilo, con santa paciencia, espera a que se le pase la tos y después dice:

—Conque, vamos a ver, etcétera, etcétera; tengo también una carta de recomendación de mi hermano. Tengo intención de participar en su magnífico e instructivo programa.

—Ya veo, ya. ¿Cómo está su hermano?

—Un poco apretado. Ya sabe, acostumbrado al Nilo, no se encuentra a sus anchas en el estanque del zoológico.

—Y usted, discúlpeme, ¿en qué tema es experto?

—En caca de gatos.

—¿No le parece un tema un poquitín fecal?

—También felino, sin embargo.

—Claro, no se me había ocurrido.

—Entonces, quedamos de acuerdo y me presento el sábado. Mi hermano estará muy contento.

El profesor en jefe se mete en la boca un caramelo de menta efervescente y se lo traga entero por distracción; se mete otro en la boca y empieza a sudar.

—¡Qué raro! —reflexiona—, estos caramelos hacen sudar.

El cocodrilo agita la chistera en señal de despedida y se va. El gran jefe de *Doble o nada* llama a su secretaria, manda que le traigan un café triple y le dice que se ocupe ella de todo. Los periódicos de la tarde anuncian: “El próximo sábado, el señor Coco se enfrentará en *Doble o nada* con el doctor Usmardi y la señora Fiutaburro¹. Cuentan maravillas de este nuevo campeón y de su abrigo amarillo, pero el tema en el que es experto se guarda en escrupuloso secreto. Sólo se sabe que tiene algo que ver con el culto de la Diosa-Gata del Antiguo Egipto. ¿Qué tan antiguo? ¿Los faraones o Nasser? A esta pregunta se han negado a responder todos, incluso el portero del edificio de la calle Mazzini”.

Los lectores de los periódicos se dividen inmediatamente en cinco partidos.

El primer partido sostiene que el doctor Usmardi, especialista en carne de gallina de los siglos XIV al XVII, hará albondiguillas con el señor Coco, se lo comerá sazonado con ajo, aceite y pimienta, y le dará los huesos a su gato.

El segundo partido garantiza que la señora Fiutaburro, especialista en quesos africanos, pondrá de rodillas al nuevo concursante y lo obligará a reconocer la superioridad del requesón sudanés frente al queso blando de la Valtellina.

El tercer partido está seguro de que sonará la marcha triunfal de *Aída* para el señor Coco.

El cuarto partido está indeciso.

Al quinto le importa un pepino: se interesa sólo por el campeonato de fútbol y por el ajedrez.

Llega el jueves; despunta el alba después de la noche del viernes. Ya estamos a sábado.

El cocodrilo aparece en todas las pantallas, salvo en las apagadas, pero el presentador del teleconcurso, un tal Mike Bongiorno, sigue llamándolo “Señor Coco”, ateniéndose a las instrucciones recibidas. “Señor Coco por aquí”, “Señor Coco por allá”. Pero no está ciego y lo da a entender.

—Señor Coco, ¿sabe que se parece usted mucho a un cocodrilo del Nilo?

—Ése es mi hermano, señor Maique; yo soy oriundo del lago Tana.

—¡Viva, viva! Por fin también nosotros, en *Doble o nada*, tenemos un oriundo, como los equipos de fútbol. Y dígame, dígame, señor Coco, ¿cómo se le ocurrió la idea de especializarse en caca de gatos?

—¡Qué quiere, señor Maique! Me crié en un país subdesarrollado, pobre en quesos, carente del todo de música barroca, absolutamente desprovisto de historia de las remolachas. Me he hecho a mí mismo, con fuerza de voluntad y espíritu de observación. Soy un autodidacta, como Giuseppe Verdi.

¹ Literalmente: “Huele mantequilla”. (N. del T.)

—¡Alegría, alegría! ¡El señor Coco resulta también un experto en ópera!

—En mis buenos tiempos —revela el cocodrilo, con los ojos modestamente bajos—, me comí a un tañedor de contrabajo y lo lloré en si bemol mayor.

El doctor Usmardi da señales de asco. La señora Fiutaburro, con aire indiferente, se saca del bolso un queso “gorgonzola”, obligando al presentador a pasar a las preguntas.

Todos los concursantes han de responder a diez preguntas de diez. De Copenhague, en un vuelo *charter*, llegan numerosos aficionados para apoyar al cocodrilo. Los tres campeones entran en las cabinas. El doctor Usmardi agarra al vuelo un “doble” en arquitectura pero, invitado a concretar cuántos huevos duros podría contener la torre de Pisa si en vez de ser un campanario fuera un depósito de huevos duros, se equivoca en la respuesta.

El cocodrilo salta de su cabina, muerde al doctor Usmardi y se lo traga enterito, escupiendo sólo el reloj de oro fabricado en Ginebra.

—Pero, señor Coco —exclama el presentador riéndose—, ¿sabe que es usted un sinvergüenza? ¡No se come así a los concursantes!

—Ha sido más fuerte que yo —se disculpa el cocodrilo—. Siempre he tenido una secreta pasión por la torre de Pisa.

—Ya entiendo —dice Mike Bongiorno—, pero, por lo menos, no debía escupir el reloj de oro fabricado en Ginebra, que es el mejor.

—Perdone, señor Maique.

—Está bien, por esta vez lo perdono.

Le toca a la señora Fiutaburro. ¡Debe decir si los bantúes del Sudoeste ponen perejil o mermelada de arándanos al queso de oveja!

—Perejil —responde la señora Fiutaburro, pero se corrige enseguida—: No, no, ¡quería decir mermelada de arándanos!

—¡No vale! —protesta el cocodrilo—. ¡La primera respuesta es la que cuenta!

Y se come también a la señora Fiutaburro, engulléndola sin masticar.

—Vamos, vamos, señor Coco —dice el presentador, agitando de arriba abajo el índice de la mano derecha en señal de cariñoso reproche—. ¡No está nada bien hacer eso! Con las damas hay que ser caballeroso, y mucho más cuando estamos en Eurovisión y nos ven también en Bellinzona y en Amsterdam.

—¿Y nos ven en Friburgo de Brisgovia? —pregunta el cocodrilo, alarmadísimo.

—Natural.

—Lo siento. Prometo no volver a hacerlo.

—Ah, claro, pero de momento se ha comido a los otros dos concursantes. Ni siquiera sé si podremos continuar la competencia. ¿Qué dice el señor notario?

El señor notario dice que el reglamento no prevé sanciones contra el canibalismo. El juego puede proseguir.

—Pues entonces, dígame, señor Coco —sigue el presentador—, por cuatro millones de kilómetros y setecientos veintisiete miligramos, ¿dónde se hizo la gata de Carlomagno el día en que su dueño fue proclamado emperador?

—En Roma, delante del Panteón —responde el cocodrilo sin vacilar.

—¡Respuesta exacta! —grita el señor Mike. Pero de poco le sirve. En efecto, el cocodrilo, volando fuera de su cabina, se le echa encima como un solo hombre y lo ingiere antes de poder contar hasta tres. Se oye la voz del presentador en la barriga del cocodrilo, protestando:

—Señor Coco, está usted exagerando. ¡Y pensar que nos ven también en Bruselas!

El cocodrilo se endereza la chistera, porque se le había torcido, y mira a su alrededor con aire de preguntar: “¿Queda alguien más?”.

—Estoy yo —responde la edecán Sabina, con su sonrisa de estudiante de filosofía.

Los espectadores contienen la respiración. Se prepara un emocionante duelo. ¿Conseguirá el cocodrilo tragarse también a Sabina, cuando ya tres personas se disputan el espacio de su estómago, elástico sólo hasta cierto punto? ¿Conseguirá el notario salvar a Sabina del dragón, obtener su mano, casarse con ella y partir en viaje de bodas por las más hermosas páginas de las más conocidas revistas?

Mientras la gente responde como cree a éstas y a otras preguntas, la encantadora Sabina no pierde la calma. Engaña al cocodrilo con una sonrisa, lo agarra por la cola, lo levanta a un metro cincuenta de altura y le golpea la cabeza en el suelo.

—¡No vale! —protesta el cocodrilo—. ¡Este capítulo no está en el reglamento!

—Pues yo te hago hacer algo de movimiento —replica Sabina.

Siempre sujetando al cocodrilo por la cola, lo hace girar en torno de su cabeza como si fuera el caldero de la leche: una vez, dos veces, tres veces, a velocidad creciente.

—Apelo al notario —vocifera el cocodrilo—. La señorita, con todo respeto, se muestra muy injusta.

—Y yo te utilizo como una fusta —anuncia Sabina.

Pone manos a la obra con la habilidad de un vaquero del Circo Americano. El cocodrilo silba y restalla en el aire que da gusto oírlo. Tras cada restallido, golpea el suelo con los dientes. La chistera ha rodado lejos. El abrigo amarillo se tensa como una vela en día de viento.

—Una —dice Sabina—, dos, tres...

Al llegar al diez, de la boca del cocodrilo salta Mike Bongiorno, abrochándose el saco porque un presentador debe estar siempre presentable. Al once sale despedida la señora Fiutaburro, murmurando:

—¡Qué mala suerte! Tenía la mermelada de arándanos en la punta de la lengua.

Al doce sale de puntillas el doctor Usmardi y en seguida se pone a buscar su reloj de oro.

—¡Basta! —implora el cocodrilo—. ¡Piedad! ¡Socorro! ¡Ya he devuelto lo que tomé!

—Pues entonces, ahora, yo te doy la vuelta a ti —dice Sabina. Le mete una mano en la garganta, le agarra la cola por dentro y vuelve al cocodrilo al revés como un calcetín.

—¿Le parece bonito? —llora el cocodrilo dado la vuelta—. Se lo diré a mi hermanito.

Pero ya es una sombra del invencible concursante de hace un rato. Con sus últimas fuerzas, se ajusta la piel, se desempolva las escamas y el abrigo, se lava los dientes y se arrastra fuera de allí farfullando oscuras amenazas:

—¡Volveremos! ¡Volveremos!

—¡Qué lástima, señor Coco! —comenta Mike Bongiorno—. Ha cometido usted un feo error: debería decir “volveré”, en singular.

—No —responde el cocodrilo, enjugándose las lágrimas con la chistera—, porque la próxima vez vendré con mi hermano. De modo que “volveremos”, en plural.

Rodari, G. (2014). *Cuentos escritos a máquina* (1.^a ed., p. 9). México: Alfaguara Infantil.

¡Clonc! ¡Scrash!

Llegan los marcianos

Una buena mañana llegan los marcianos. Primero vuelan sobre Roma con sus platillos de plata, difundiendo, en señal de amistad, una docena de madrigales de Gesualdo de Venosa, entre ellos *Caro, amoroso neo y Gelo ha Madonna in seno* letra de Torcuato Tasso), alternados con canciones populares y del hampa, como *A tocchi a tocchi la campana sona*. Cuando piensa que ya se han ganado una festiva acogida, aterrizan en el Circo Máximo, donde hay más sitio que en la Plaza de España y a donde acude en seguida el Subjefe de policía Fiorillo, al mando de siete mil camionetas.

Los platillos son tres. Y tres marcianos sacan la cabeza por las cupulitas. Son de un precioso verde primavera y tienen antenas en la frente, exactamente igual a como la gente se los imagina. Pero no es cierto que sean bajitos: al contrario, miden tres metros y medio de alto. Visten túnicas amarillas, adornadas con bordados folclóricos bastante parecidos a los que se usaban en Calambria durante el siglo XIX. Rarezas del cosmos. Uno de los marcianos, al aparecer, se golpea la cabeza con la tapa de la cúpula y de inmediato sale de su cabeza una nubecita con la inscripción: “¡Clonc!”

—Ésa debe ser su bandera —comenta el sargento Mentillo.

—¿Y eso otro, qué es? —pregunta bajo sus bigotes el comisario Fiorillo.

En efecto, de la cabeza del marciano ha salido otra nubecita, en la que está escrito: “¡Aag!”

—Ah, claro —comenta un niño que, no se sabe cómo, se ha colado entre las siete mil camionetas.

—¿Claro, en qué sentido? —se escama Mentillo.

—También el Pato Donald, cuando el tío Rico Mac Pato le da un papirotazo en la cholla dice “¡Aag!”.

—Ea, vete a la escuela —ordena el señor Fiorillo al niño.

—No puedo —responde el niño—. Tengo turno de la tarde.

Mientras tanto, los tres marcianos, para acentuar la sensación de paz y concordia, se ponen a aplaudir. Y también de sus manos salen nubecitas sumamente elegantes, con letreros, todos en letras de molde: “¡Clapp! ¡Clapp!”.

Después uno de los tres, el que ha dado el cabezazo, hace señas de que quiere hablar. De su antena derecha sale una nubecita en la que los presentes leen, unos de corrido y otros silabeando, las siguientes palabras: “¡Salud! Como ven, somos marcianos, y hemos venido con intenciones cariñosas. Conque presentémonos. Yo soy el comandante AB 17”.

Cuando todos han acabado de leer, la nubecilla desaparece. Pero es raro: la voz del marciano no se ha oído.

—Buenos días —responde al fin el comisario. Yo soy el señor Fiorillo.

Tres nubecitas aparecen sobre las tres cabezas marcianas: “¿Qué ha dicho usted?”

—Que soy el señor Fiorillo, en representación del señor Jefe de Policía.

Los marcianos se consultan rápidamente, mientras en sus nubecitas se lee: “*Hummm... Hummm...*”.

—Pero, ¿qué hacen? —pregunta el sargento Mentillo.

—¿Qué no lo ve? —replica el niño—. Están reflexionando. También el Pato Donald...

—Oye...—comienza el señor Fiorillo.

Pero no puede terminar su declaración porque los marcianos están dando golpecitos con las manos en sus platillos para atraer la atención. De los puntos donde las manos han tocado el metal salen numerosas nubecitas, que llevan escrito: “¡Tlank! ¡Tap! ¡Tap! ¡Tump!”.

“En resumen—dicen ahora las nubecitas de los marcianos—¿por qué no contestan? Los creíamos más amables...¡Glub!”.

—¡Maldita sea! —dice el señor Fiorillo, en representación del Jefe de Policía.

Las nubecitas insisten: “No vemos sus nubecitas... ¡Blep!”.

—Están un poco deprimidos —observa el niño—, pues si no, habrían dicho “*Brrr*” o “*¡Augh!*”.

El señor Fiorillo reflexiona sobre el extraño mensaje:

—¿Nuestras nubecitas? Ya verás cómo...

De repente, su inteligencia deductiva, ejercitada en años de investigaciones sobre toda clase de delitos, le hace vislumbrar la verdad: los marcianos hablan al estilo de las historietas y entienden sólo las historietas.

El comisario pide un trozo de papel, recorta una nubecita en la que escribe: "Esperen un momento". Y se la acerca a la boca. De las astronaves le responde un festivo brotar de nubecitas en las que los agentes de las siete mil camionetas, los cien mil romanos que se han congregado en el paraje y el niño ya varias veces citado, leen, algunos mentalmente, otros produciendo un difuso retumbar de trueno:

—¡Por fin!

—¡*Clapp! ¡Clapp!*

—Se han decidido a hablar.

—¡*Ulp!*

—¡*Clincl!*

—¡*Yupiii!*

De una de las nubecitas sale la cabeza de un perrito marciano, también con sus antenitas, también con su letrero, que ladra de gozo:

—¡*Yap! Yap! ¡Yark!*

Mientras tanto, han llegado los expertos de la policía científica, el ministro de Comunicaciones y el de Transportes, algunos profesores universitarios, una docena de monseñores, ciento veintiocho periodistas, un alcalde, un señor que no es nada pero consigue colarse entre las autoridades porque tiene muchas influencias. Buscan desesperadamente a alguien que sepa hablar como en las historietas, pero no lo encuentran.

—Lástima —dice el profesor De Mauris, catedrático de lingüística y teñedor de instrumentos de percusión—. La lengua de las historietas yo la leo y la escribo, pero no la hablo. Qué quieren ustedes: en nuestras escuelas, en la hora de lenguas extranjeras, se hacen muchos ejercicios de gramática, pero casi nunca de conversación.

—Es cierto, es cierto —aprueban los presentes—. También yo leo inglés, pero no lo hablo...Yo escribo el cabardino-balcárico, pero no lo leo...Yo tengo buenos conocimientos literarios del swahili, pero no lo entiendo...

Hay que resignarse a comunicar con carteles. Llega un agente, a quien el señor Fiorillo ha mandado a la papelería a comprar cincuenta kilos de cartulina blanca y diez pares de tijeras. Todos trabajan recortando nubecitas. Un guionista de cine, especialmente bueno para los diálogos, está preparado con el pincel. Así de golpe y porrazo, acaban enterándose de que se trata de un deplorable equívoco espacial. Los marcianos habían recibido de un agente secreto, enviado a la Tierra en 1939, algunos ejemplares de un cómic y se habían hecho la idea de que los terrestres hablaban con nubecitas...

—¡Si supieran qué trabajo —cuentan— aprender a hablar así! Y todo para nada. ¡Uffff!

El señor Fiorillo, por medio de un cartel, pregunta si también ellos tienen voz. Por toda respuesta los tres marcianos se ponen a cantar el himno marciano: algo del tipo de la polifonía barroca, algo así como el *Magnificat* de Bach. Los romanos aplauden. Por desgracia, se oye el ruido de los aplausos, pero de las miles de manos que golpean una contra otra no sale ni la sombra de una nubecita.

—No lo sabemos hacer...—comenta tristemente el niño.

De repente se ve el perrito de los marcianos que hace:

—¡Sniff! ¡Sniff!

—Ha olido algo —dice el sargento Mentillo, quien en sus ratos libres lee cómics prohibidos para menores de dieciocho años.

Un perrito terrestre, deslizándose entre millares de zapatos, ha llegado justamente bajo las astronaves y ladra con gran estruendo.

—¡Guau! ¡Guau! —responde la nubecita del perro marciano.

El perrito queda perplejo un momento, porque no se lo esperaba. Después, también de su hocico sale como una bocanada de vapor blanco en el que aparecen algunas letras temblorosas:

—¡Grrr! ¡Grrr!

—Está furioso —traduce el profesor De Mauris a monseñor Celestini.

—¡Yap! ¡Yap! —insiste amistosamente el marciano.

El perrito de por aquí finalmente se deja convencer y responde a tono:

—¡Yap! ¡Yap!

—Yap, yap significa *Bau Bau* —traduce el profesor De Mauris a los periodistas que toman notas.

—¿En marciano?

—¡No!...En historietano. En marciano, si mis informaciones son exactas, *Bau Bau* se dice *Krk Krk*.

Entre los dos perros se establece una apretada conversación de nubecitas. El niño de antes y otros dieciocho mil niños, que se han colado entre las piernas de las fuerzas del orden, se divierten tanto que estallan en carcajadas. Pero no en italiano, sino también ellos en historietano. Sobre sus cabezas crepitan alegremente minúsculo cirros, nimbos, cúmulos y estrato-cúmulos, en los que todos (salvo los analfabetos) leen: “¡Yuk! ¡Yuk! ¡Oh! ¡Ja!”

Una niña emite por error también un par de “¡Ulk!”, pero se corrige enseguida, porque ésa es la exclamación típica de quien está a punto de perder el equilibrio y caer en una sima; pero en el Circo Máximo no hay simas.

El señor Fiorillo reflexiona en representación del Jefe de Policía: “Estos marcianos están corrompiendo a los niños...”

Y no se da cuenta que también de su sombrero está saliendo un nubarrón temporal, en el cual los presentes, con sumo asombro, leen: “*Hummm... Hummm...*”.

El sargento Mentillo, entusiasmado con la habilidad de su superior, quisiera gritarle: “¡Muy bien!”, pero no consigue poner en movimiento sus cuerdas vocales. De la nariz, en cambio, le sale una nube en forma de cuña, con el letrero: “¡Snap! ¡Snap!”

La escasa práctica le ha hecho confundir la expresión “Muy bien” con el típico ruido de una persona que hace restallar los dedos (advuértase, empero, que ¡*SNAP!* es también el ruido producido por una cinta metálica que se aplasta, como bien dice Giochino Forte en su diccionario del cómic). Pero aprenderá, aprenderá. Todos están aprendiendo, sin el menor esfuerzo, a producir formaciones nubosas ilustradas con letras del alfabeto.

El profesor De Mauris es tan experto que, cuando se le suelta un botón, consigue hacer salir de la chamarra la adecuada nubecita, que dice, sin equivocarse: “Clic”.

—Debe ser un caso de sugestión colectiva —observa monseñor Celestini, emitiendo, por razón de su oficio, una nube en forma de aureola.

Un gran silencio ha caído sobre el Circo Máximo en los últimos instantes. Todos hablan de historieta. Incluso los que leen los letreros de los otros que no los leen ya en voz alta, sino con otro letrero. Las siete mil camionetas, que de acuerdo con las órdenes recibidas habían

mantenido los motores en marcha, dejan salir de los cofres y por los escapes nubecitas blancas en las cuales se lee: “*Rroooarr... Rroooarr...*” que es, precisamente, y sin que quepa la menor duda, el ruido del motor encendido de un coche parado. Ya se sabe que si el coche viajara a ciento noventa por hora haría, en cambio: “*¡Vrooommm!*”.

—Ahora podemos hablar—historietean los marcianos.

—Digan la verdad—responde con una nubecita el comisario Fiorillo—. Han usado algún gas para paralizarnos las cuerdas vocales.

—¡Qué gas ni qué ocho cuartos! —replican, nube a nube, los marcianos—. Tenían el historietano en la punta de la lengua, esperando para salir.

Así, una nube tras otra, empiezan las negociaciones pacíficas. Los marcianos y las autoridades se trasladan a la Real Academia. Los platillos voladores quedan a cargo de un abrecoches furtivo, oriundo de Castellammare de Stabia.

La muchedumbre se dispersa historietando y llevando el contagio de casa en casa, hasta el Tiburtino Terzo y Casalotti. Los timbres aprenden rápidamente a hacer “*¡Ring!*”, las locomotoras a toda marcha, a arrastrar un nubarrón volante que dice “*¡Fiuuuuuu!*”, en los bares de vía Véneto la soda, al salir del sifón, hace su buen “*¡Frrr!*” y los niños que ven ante sus narices la consabida sopa emiten, en señal de disgusto, un elocuente “*¡Puaaff!*”, sin olvidar los puntos de exclamación. Así, se ganan un buen par de bofetadas en cómic: “*¡Chaf! ¡Chaf!*”.

Por supuesto, el gobierno aprovecha inmediatamente para declarar el historietano "lengua de Estado" y abolir la libertad de palabra. Los pocos que quieren seguir hablando con palabras, en vez de con letreros, deben reunirse por la noche en los sótanos y hablar en voz baja, pues si no, los detienen por "escándalo nocturno".

Parecía muy bonito y cómodo que los huevos, al romperse en el borde de la sartén, produjeran sólo una bolita con “*Splif!*” o “*Scrash*”, según fueran del día o conservados. Pero luego se ha visto que es un rollo.

¿Cuántos son los que insisten en querer hablar haciendo ruido, en vez de humo? No se sabe. Pero esperemos que muchos.